

Palma como político

Por Roberto Reyes Tarazona

Escritor y sociólogo. Primer premio del concurso de cuentos “Arguedas” y segundo premio del “COPE” de cuento. Docente en la Facultad Arquitectura y Urbanismo de la URP. Director de la Revista “Arquitextos”.

En 1872, Ricardo Palma publica la primera serie de las *Tradiciones*, y, en ese mismo año, decide apartarse de la política. La decisión no es sencilla, pues a pesar de sus treinta y nueve años, desde muy joven se había entregado a la crítica de los gobiernos de turno y a los ajetreos en la formación de un partido liberal. Como ocurre a menudo en este orden de cosas, su alejamiento fue progresivo y producto de una actitud emocional, pues su dedicación a la política durante casi dos décadas fue una inevitable respuesta a las turbulentas circunstancias que se vivían en el país por entonces, basado en su apego a sus ideas y en su temperamento irreverente.

La celebración con que fue recibido este libro, no se trató de algo inesperado ni mucho menos producto de un golpe de suerte. Su trayectoria como creador empezó incluso antes que la del político, pues venía precedido de incursiones con relativo éxito en el teatro, la poesía y la narrativa. De manera similar, otra de sus facetas, la de periodista, tenía larga data. En el periodismo, había cubierto prácticamente todas las áreas, pues como precisa Oswaldo Holguín, fue "... corrector de pruebas, ayudante de cronista, redactor, crítico de teatro y taurino, editorialista, editor, corresponsal, responsable de la sección literatura, colaborador rentado, etc." (Holguín, 2001: 13).

Como muchos otros creadores literarios e intelectuales que empezaron a mostrarse en la segunda mitad del siglo XIX, adhirió a la escuela romántica y al liberalismo. El romanticismo

no solo orientó sus primeros pasos sino tiñó muchos rasgos de su producción literaria posterior. La repercusión que tuvo este movimiento para él y para las letras nacionales, quedó plasmada en *La bohemia de mi tiempo*, libro de pequeño formato, publicado en 1886, en el que recrea el mundo literario y cultural de los años cincuenta y hace un recuento de su producción y la de miembros de su generación, como Nicolás Corpancho, José Arnaldo Márquez, Numa Pompilio Llona, Clemente Althaus, Luis Benjamín Cisneros, Carlos Augusto Salaverry, Manuel García, José Mansilla, Enrique Alvarado, Juan Arguedas, entre otros.

A contracorriente de los que ocurre en nuestro medio, Palma empezó incursionando en el género teatral, debutando a los diecisiete años con *La hermana del verdugo*, obra que él mismo calificara, años después, como “abominación patibularia en cuatro actos”, pero que en su momento le deparó un prematuro y gratificante reconocimiento. A continuación, en ese mismo año: 1851, estrenó otra obra teatral de título *La muerte de la libertad*, y publicó *Rodil*, drama en tres actos que se estrenaría el año siguiente, cuando también se edita *Consolación*, su primer trabajo de prosa romántica.

Lanzado de lleno al mundo de las letras, incursionó en la poesía y en el periodismo. En 1855 publicó su primer libro de versos, que tituló *Poesía*. En el periodismo, a menudo puso en práctica recursos que iría perfeccionando con el correr de los años: la sátira, el humor corrosivo. Así, empezó sus escarceos humorísticos en las páginas de *El Diablo*, *El Zurriago*, *El Burro*, entre otras publicaciones satíricas. En esa etapa juvenil, empezó también, aunque de manera incipiente, su interés por la historia y la narrativa, aunque prefería las crónicas periodísticas, cuya escritura le significó un buen ejercicio para su posterior desarrollo creativo.

El periodismo constituyó su puerta de entrada al riesgoso campo de la política de esa época, pues si bien, como sostiene Holguín, “uso el periodismo para sus fines creativos, literarios”, no dejó de ser un medio importante para defender sus ideas y planteamientos políticos.

El liberalismo fue su casi inevitable opción, dada su juventud, su adhesión al romanticismo y su temperamento, pero el suyo fue un liberalismo confrontacional y de avanzada para su época. De haber sido testigo de las acusaciones de pasadista, conservador, nostálgico del poder colonial, que le endilgarían algunos críticos después de su muerte, le hubiera costado entender tales cargos. Porque él estuvo en constante entredicho y disputa con los grupos más conservadores, tanto en literatura como en política.

Como dice Winston Orrillo: “Palma fue un permanente crítico de los gobiernos autoritarios, desde su óptica irrenunciable de liberal; siempre fueron blanco de sus pullas el ejército (no obstante ser él mismo marino) y la Iglesia, sin dejar de reconocer talentos del bando opuesto como Bartolomé Herrera.” (Orrillo, 2003: 48).

Palma, audaz e impetuoso en esos años, no se limitó en su cuestionamiento del gobierno de Ramón Castilla, representante del autoritarismo y del sector más conservador, a la crítica escrita, y se comprometió con José Gálvez, el caudillo de los liberales de entonces, quien intentó tomar preso al presidente Castilla y dar un golpe de Estado. Esta acción, no solo fracasó en sus objetivos sino derivó en una acusación de intento de magnicidio. Y aunque su participación fue mínima, se vio obligado a salir al exilio a Chile.

Para entonces, Palma contaba en su haber con muchas experiencias difíciles. A la temprana edad de veintidós años, se embarcó como contador en la goleta “Libertad”, y después

como tripulante del buque “Rímac”, el mismo que naufragó con él a bordo. En 1859, participó en el desembarco en Guayaquil, durante la guerra con Ecuador. Como periodista político de oposición, tuvo un destacado papel como colaborador de *El Liberal*, *La Zamacueca Política*, *El Correo de Lima*, y otros órganos de oposición de los gobiernos de turno.

En Chile estuvo exilado tres años, y allí empezó a ser reconocido como uno de los más notorios intelectuales de nuestro país. A su regreso, ya en 1864, Palma fue nombrado Cónsul en el Pará, Brasil, por el presidente Juan Antonio Pezet, de quien era decidido partidario. Dicho nombramiento, lo evocó Palma de la siguiente manera:

“Yo tuve la suerte, cuando cumplí treinta años, de que un amigo influyente en Palacio consiguiera que me diesen un Consulado en el Brasil con ocho meses de licencia (que yo convertí en once) para permanecer en Europa. Pude en ese tiempo visitar Londres, París, Bruselas y algo de Italia...” (Porras, 2008: 226–227).

Esta ocasión de incursionar en el mundo de la diplomacia, tal vez en otro hombre hubiera significado un cambio drástico en su vida, quizás hasta un punto de quiebre, inclinando la balanza de sus expectativas de vida hacia la cómoda burocracia estatal. En Palma, por lo contrario, representó una oportunidad para reafirmar su vocación literaria, pues como el viaje hacia el Pará –lo que hoy es Belén, o Belém do Pará, ciudad ubicada cerca de la desembocadura del Amazonas– debía hacerse desembarcando antes en Europa, su estancia en este continente se extendió tanto que, al final, nunca ejerció el cargo. Es imposible saber con certeza si su estancia en París fue tan gratificante que provocó en él la decisión de postergar indefinidamente su viaje al lejano Brasil, o si su demora en marchar a donde lo exigía su nombramiento se debió a una inercia provocada por el embeleso

de vivir en una ciudad soñada por todo artista o intelectual de su época, y por una especie de revancha ante las penurias de su vida en el exilio. Allí, como es de suponer, se dio maña para conocer y tratar a intelectuales y artistas sudamericanos, como Hilario Ascasubi, Torres Caicedo y Antonio Gonçalves Dias, y franceses, como Alejandro Dumas y Lamartine. Además, en París publicó dos nuevos libros de versos: *Armonías* y *Lira*.

Embarcado por fin a Brasil, estuvo pocos días en Pará, aunque no para asumir su nombramiento de Cónsul sino en tránsito a Iquitos, de donde regresaría luego a Lima; en la práctica destituido de su cargo. A su llegada a la capital, se topó con el conflicto por las Islas Chincha y las pretensiones de España de recuperar su poder colonial. En ese año, Pezet fue derrocado por Mariano Ignacio Prado, quien asumió el poder de facto. Palma se incorporó al movimiento político que lideraban Balta y Gálvez y, al poco tiempo, ocupó un cargo público y retornó a sus actividades periodísticas.

En 1866 se produjo el combate del 2 de mayo, en el que participó al lado de Gálvez. Este, como se sabe, murió en la torre “La Merced” a causa de la explosión de un proyectil enemigo. Palma se salvó por muy poco. Una vez derrotada la escuadra española, y de vuelta a las actividades cívicas, se entregó de lleno a la oposición al gobierno de Prado. Dos años después, Balta asumió la presidencia de la República y Palma se convirtió en su secretario personal. Luego, fue nombrado senador por la provincia de Loreto.

A fines de la década, el país se encontraba en pleno auge económico gracias a la riqueza proveniente de la venta del guano. A los ferrocarriles de Lima–Callao (1851), Tacna–Arica (1856), Lima–Chorrillos (1858), se fueron sumando más y más ferrocarriles, tanto en el norte, como en el centro y en el sur del país. En Lima, en 1878, se empezaron a derrumbar

las murallas que se alzaron durante el gobierno del virrey Melchor de Navarro y Rocafull, Duque de la Palata, entre 1684 y 1687, para protegerla de los ataques de los piratas y corsarios; ataques que nunca se produjeron, ni por estos ni por otros enemigos, dada la configuración geográfica de la capital. Como dijo jocosamente Raúl Porras Barrenechea, el amurallado de Lima “murió virgen de pólvora”. En los espacios que dejó la desaparición de los muros y bastiones que constituían la muralla, se diseñó el trazo de vías a manera de bulevares, como había concebido y ejecutado, en otra dimensión, Haussman en París. Estas vías luego se convirtieron en las avenidas Alfonso Ugarte y Grau, que al enlazarse con el Paseo Colón y la avenida La Colmena, configuraron la base de la Lima moderna.

Al término del período del gobierno de Balta, se convocaron a elecciones, que ganó Manuel Pardo. Los hermanos Gutiérrez, jefes militares inconformes con el resultado y dispuestos a tomar el poder mediante un golpe de Estado, comprometieron a Balta para secundarlos. Este, en un principio los apoyó, pero luego dio marcha atrás. Los militares, dispuestos a todo para conseguir sus propósitos, lo apresaron. El intento de los Gutiérrez produjo una feroz reacción popular, que los enfrentó y puso en fuga. Estos, antes de ser atrapados, ordenaron el fusilamiento de Balta. Cuando la muchedumbre capturó a tres de ellos, no solo los lincharon sino quemaron sus cuerpos y los colgaron en las torres de la Catedral.

Después de tan terribles hechos, cuando Pardo juró su cargo como presidente y retornó la normalidad social, lo sucedido provocó en Palma una conmoción. Como dice José Miguel Oviedo:

“...Palma ya no es el mismo: los sangrientos hechos, la muerte brutal de su amigo Balta, la violencia destructora de la lucha por el poder, han dejado en él huellas imborrables.

Él, que había firmado aquella tarde del 22 de julio una protesta del senado contra el golpe de los Gutiérrez, ha perdido ya toda fe y todo interés en la política” (Oviedo, 1965: 82).

Y aunque en los hechos continuó ejerciendo el cargo de senador hasta 1875 y actuando como redactor del periódico anticivilista “La Patria”, la política dejó de ser prioridad para él, terminando al poco tiempo por desterrarla completamente de sus intereses.

En una carta dirigida a Juan María Gutiérrez, el 12 de mayo de 1876, comunica a su amigo:

“Me he separado de la redacción de (EL)/ *Correo del Perú*. Su propietario tiene el capricho de que campee en él la política en consorcio con la literatura y yo tengo razones mil para no mezclarme en la lucha de partidos. La política me ha dado tan atroces desengaños, que ruego a Dios me conceda no verme otra vez obligado a tomar cartas en ella.” (Palma, 2005: 130).

Tres meses después, es más enfático. En carta fechada 29 de agosto de 1876, escribe a Benjamín Vicuña Mackenna:

“Abrumado por las decepciones, hace cuatro años que vivo apartado de la política militante de mi tierra y consagrado exclusivamente a estudios históricos. Creo así servir más útilmente a mi patria y a la América.” (Palma, 2005: 131).

Su desengaño de la política fue positivo para las letras peruanas, pues a partir de entonces, dedicado por completo a la creación, la historia y la filología, pudo componer las *Tradiciones*, esa *Comedia Humana* bajo la forma de relatos cortos, que componen

un gran fresco del Perú en su historia, tan celebrada por todos los amantes de la literatura, del país y del mundo.

Tal pareciera que en nuestro país, los fracasos y decepciones en política abonan a favor de la literatura. Mario Vargas Llosa, como es bien sabido, incursionó también en la política, llegando incluso a postular a la presidencia de la república. Su derrota, a manos de un desconocido contendor, como es natural, debió provocarle frustración, pero a la vez revigorizaría su vocación por la escritura de ficciones. Y si bien para entonces había ya producido novelas de gran nivel, su producción posterior al año 90 tal vez se hubiera reducido considerablemente e, incluso, hubiera podido desaparecer. De haberse entregado por entero a la política, quién sabe si hubiera seguido el derrotero de Juan Bosch, el gran escritor dominicano, quien en plena y brillante carrera literaria abandonó la creación narrativa para crear un partido político, que primero lo llevó a la presidencia de su país y, al que, luego del golpe que lo derrocó, le dedicó su vida entera.

Y si bien Vargas Llosa a lo largo de su trayectoria vital ha hecho gala de una firme vocación por la escritura de ficciones, de haber accedido a la presidencia hubiera caído en manos de la política, un amo intransigente, tanto o más tiránico y absorbente que la creación literaria. En esta, la responsabilidad es esencialmente ante uno mismo, mientras que en la política se debe responder a las expectativas de un pueblo o una nación, lo cual representa una carga de mucho mayor responsabilidad.

Examinando el caso de Palma, cuyo fracaso es prematuro y nada indica que tuviera aspiraciones de ser presidente —aunque nadie que actúa en política descarta la posibilidad de acceder a grandes responsabilidades—, su entrega a las ideas liberales lo enfrentaron no solo a las fuerzas retrógradas que dominaban el país en ese entonces, sino a la contaminación general que

representaba –y sigue representando– este campo de acción. En una carta dirigida a Manuel Tamayo y Baus, a propósito de su agradecimiento por el diploma de honor que le otorgara la Real Academia Española por sus *Tradiciones*, sostiene que un factor importante para el desarrollo de su obra se debe a su apartamiento de la política. Así, dice en un pasaje:

“... Milita también en mi favor la circunstancia de que, hace seis años no tomo cartas en política. Serví a mi patria como Diputado primero, y después como Senador, en cuatro legislaturas; me convencí de que perdí lastimosamente mi tiempo y me retiré a cuarteles de invierno, es decir, busqué refugio y solaz en la historia y en la literatura. Ud. Se ha encargado, amigo mío, de probarme que procedí con juicio.” (Epistolario, 2005: 144–145).

Si en su caso, la decepción que le provocó la política sirvió para reafirmar y volcar todos sus esfuerzos hacia la escritura de ese monumento narrativo que son sus *Tradiciones*, ¡qué viva la política!



Bibliografía

HOLGUÍN CALLO, Oswaldo (1994). *Tiempos de infancia y bohemia*. Ricardo Palma (1833–1860). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú–Fondo Editorial.

HOLGUÍN CALLO, Oswaldo (2001). *Páginas sobre Ricardo Palma*. (Vida y obra). Lima: Editorial – Universitaria Universidad Ricardo Palma.

ORRILLO, Winston (2003). “Aproximaciones al periodismo de Ricardo Palma”, en: Instituto Ricardo Palma / Aula Palma III, 2002–2003. Lima, Editorial Universitaria – Universidad Ricardo Palma.

OVIEDO, José Miguel (1965). *Genio y figura de Ricardo Palma*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

PALMA, Ricardo (2005). *Epistolario General* (1846–1891), edición, prólogo, notas e índices de Miguel Ángel Rodríguez Rea. Lima, Editorial Universitaria – Universidad Ricardo Palma.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl (1957). “Don Ricardo Palma entre el periodismo, la historia y la política”, en: *Lima, la tradición y el tiempo*. Raúl Porras Barrenechea. (Estudio y recopilación de Jesús Cabel). Lima, 2008: Editorial – Universitaria Universidad Ricardo Palma.